

JANELLE BROWN



# LA ESTAFADORA

EL  
**THRILLER**  
MÁS  
INFLUYENTE  
DEL AÑO

Nina solo roba lo que otros no echan de menos... y solo a quienes pueden permitírselo.

Esto es lo que va a pasarle al próximo millonario que se cruce en el camino de Nina: cuando la velada que acaban de compartir se convierta en un vago recuerdo y él coja sus maletas #louisvuitton para una escapada con sus amigos de la jet set con botellas de #domperignon y trajes de #versace, ella aparcará una furgoneta frente a la mansión vacía de su nueva presa. Usará los códigos de la alarma que ha conseguido la noche anterior y se llevará algunas piezas.

Podría robarle más, pero no lo hará. Seguirá sus propias reglas... hasta que su situación cambia de repente. Ahora necesita mucho más dinero. Su próxima víctima no será desconocida.

## Índice de contenido

Cubierta

La estafadora

Prólogo

Nina

1

2

3

4

5

6

7

8

Vanessa

9

10

11

12

13

14

Nina

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Vanessa

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Nina

33

Vanessa

34

Nina

35

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*A Greg*

*Incluso si al conocerte no me cayeras bien acabaría cambiando de actitud, porque cuando tratas a alguien en persona te das cuenta de inmediato de que es un ser humano y no una especie de caricatura que representa ciertas ideas. Es en parte por esta razón que no participo mucho en los círculos literarios; sé por experiencia que, una vez he conocido y hablado con alguien, soy incapaz de mostrarme intelectualmente brutal con él, aun cuando siento que debería.*

CARTA DE GEORGE ORWELL  
A STEPHEN SPENDER, 15 DE ABRIL DE 1938

## Prólogo

DICEN QUE CUANDO UN CUERPO CAE AL LAGO TAHOE no vuelve a salir. Su gélida temperatura y sus enormes profundidades conspiran para mantener alejadas a las bacterias. Aquello que una vez fue humano no se descompone, sino que se ve condenado a vagar por el lecho del lago, en un limbo perpetuo; más materia orgánica que se une al misterioso zoológico que vive en las profundidades inexploradas del Tahoe.

En la muerte no hay disparidad.

El Tahoe tiene una profundidad de casi quinientos metros y su edad es de dos millones de años. Los habitantes del lugar se han apropiado de unos cuantos superlativos: su lago es uno de los más profundos de América, el más puro, el más azul, el más frío, el más antiguo. Nadie sabe a ciencia cierta qué hay debajo de sus aguas, aunque todos están seguros de que se trata de algo oscuro y enigmático. Hay mitos de una criatura al estilo del monstruo del lago Ness llamada Tahoe Tessie, a la que nadie se toma en serio por más que vende un montón de camisetas. Pero las cámaras submarinas han captado peces misteriosos en el lecho del lago, unas criaturas muy pálidas parecidas a tiburones que han evolucionado para resistir las temperaturas cercanas a la congelación, reduciendo al máximo la circulación de la sangre por sus venas; criaturas quizá tan antiguas como el lugar.

También se cuentan otras historias, sobre cómo el lago fue usado por la mafia, cuando esta controlaba los casinos de Nevada, como lugar donde tirar a sus víctimas; sobre

los magnates del ferrocarril durante la fiebre del oro, para quienes el lago era una fosa muy práctica a la que lanzar a los trabajadores chinos inmigrantes que se dejaban la vida en la construcción de las vías que pasaban por las sierras; y otras historias sobre esposas vengativas, policías corruptos, rastros de asesinatos que llevaban hasta la orilla del lago y desaparecían. Los niños se cuentan entre ellos historias sobre cadáveres movidos por las corrientes del fondo del lago, los ojos abiertos, el pelo flotando, en un limbo permanente.

La nieve cae suavemente en la superficie del lago. Debajo, el cadáver flota lentamente hacia el fondo, sus ojos sin vida elevándose hacia la luz cada vez menor, hasta hundirse en la oscuridad y desaparecer.

# NINA

## 1

LA DISCO ES UN TEMPLO DEDICADO A LA SAGRADA adoración de la indulgencia. Entre estas paredes no hay nadie que te juzgue. No encontrarás revolucionarios ni manifestantes ni aguafiestas que estropeen la diversión; las cortinas de terciopelo de la entrada vigilan que nada de eso entre. Lo que hay son chicas con abrigos de piel y sedas de diseño, arregladas y presumidas como aves exóticas, y hombres con diamantes en los dientes. Fuegos que salen de botellas de vodka de mil dólares. Hay mármol y cuero y latón pulido hasta brillar como el oro.

El DJ pone un ritmo de bajo profundo y la gente que baila lo vitorea. Levantan sus móviles al cielo y posan y se hacen selfis. Y es que, si esto es una iglesia, las redes sociales son sus escrituras, y esa pequeña pantalla es como se deifican a sí mismos.

Aquí están. El uno por ciento. Los jóvenes y ultrarricos. Hijos de billonarios, *millennials* triunfadores, *fabu-grammers*. *Influencers*. Lo tienen todo y quieren que el mundo entero lo sepa. «Cosas bonitas, hay tantas cosas bonitas en el mundo, y nosotros las conseguimos todas –dice cada una de sus fotos en Instagram–. Envidiad nuestra vida porque es la mejor. Somos *#privilegiados*».

En el centro de todo hay una mujer. Baila desenfrenada en el lugar bajo el que la luz la ilumina en el punto justo, haciendo que le brille la piel. Una fina capa de sudor humedece su frente, sus cabellos oscuros llenos de vida chocan con su rostro mientras contorsiona el cuerpo al ritmo demoledor. Las camareras que se dirigen a las mesas en

las que sirven botellas enteras tienen que maniobrar al pasar por su lado, las bengalas de sus bandejas amenazan con quemarle el pelo. Es solo una chica más de Los Ángeles que desea pasar un buen rato.

Pero si la miras de cerca verás que sus ojos entornados se mantienen alerta, atentos, no dejan de observar. Observan a una persona en concreto, un hombre en una mesa a pocos pasos.

Él está borracho, en un reservado con un grupo de amigos, todos hombres, gel en el pelo, chaquetas de cuero, gafas de sol Gucci por la noche, veinteañeros que gritan para hacer oír sus frases entrecortadas por encima de la música y miran con lujuria a todas las mujeres que pasan. De vez en cuando el hombre acerca el rostro a la mesa para esnifar una raya de cocaína, esquivando por poco la flotilla de vasos vacíos que se acumulan en la superficie. Cuando suena una canción de Jay-Z se sube a su asiento y agita una botella gigante de champán, un envase exclusivo y poco frecuente de Cristal, y vierte la espuma por encima de las cabezas de la multitud. Las chicas chillan cuando cincuenta mil dólares de líquido les estropean los vestidos y gotean al suelo, haciéndolas resbalar con sus tacones de aguja. El hombre ríe tan fuerte que casi se cae.

Una camarera carga con otra botella de champán para sustituir la primera; mientras la deja en la mesa él le mete la mano por debajo de la falda, como si la hubiera comprado junto con la bebida. La camarera palidece, temerosa de apartarlo a riesgo de perder lo que promete ser una notable propina, como mínimo el alquiler de un mes. Levanta la vista, desamparada, hacia la mujer de pelo oscuro que sigue bailando a unos pocos pasos. Entonces es cuando esta se pone en marcha.

Va hacia el hombre sin dejar de bailar y, ¡oops!, tropieza y cae sobre él, apartándole la mano de la entrepierna de la camarera, que se aleja a toda prisa, agradecida. Él suelta un taco en ruso, pero entonces su vista enfoca el

botín que acaba de caerle encima. Y es que la mujer es bella –como han de serlo todas aquí para que los gorilas las dejen entrar–, ágil y oscura, quizá con un toque español o latino. No es la más sexi de la disco, no es la más ostentosa, pero va bien vestida y su faldita es sugerentemente corta. Y más importante: ni parpadea cuando él le dirige su mirada, no reacciona de manera alguna a la mano posesiva en su cadera, al aliento amargo en su oreja.

En vez de eso se sienta con él y sus amigos, y permite que le sirva champán, que bebe lentamente mientras él se toma media docena de copas. Las mujeres van y vienen de la mesa, pero ella se queda. Sonríe, flirtea y espera hasta que todos los hombres se distraen por la llegada a una de las mesas cercanas de una estrella del baloncesto habitual de la prensa rosa; entonces, rápidamente y en silencio, vacía el contenido transparente de una ampolla en la bebida de él.

Pasan unos minutos hasta que el hombre se acaba su copa. Se aparta de la mesa, intentando incorporarse. Es entonces cuando ella se inclina y lo besa, cerrando los ojos para contener la repulsión que siente cuando la lengua de él, gruesa y pastosa, explora la suya. Sus amigos lo miran y sueltan obscenidades en ruso. Cuando no puede aguantar más se aparta, le susurra algo al oído, se levanta y le tira de la mano. Un momento después van a la salida de la disco, donde un aparcacoches aparece de inmediato y le acerca un Bugatti color amarillo plátano.

Pero ahora el hombre se siente raro, como a punto de perder el conocimiento. Debe de ser el champán o la cocaína, no está seguro de cuál de las dos cosas, y no pone objeción cuando ella le arrebató las llaves de la mano y se sienta al volante. Antes de desmayarse en el asiento del pasajero consigue darle una dirección en las colinas de Hollywood.

La mujer conduce el Bugatti con cuidado por las calles de Hollywood Oeste, pasando bajo las vallas iluminadas

que venden gafas de sol y bolsos de piel y los edificios con anuncios de quince metros que promocionan series de televisión candidatas a los Emmy. Se dirige a las tortuosas pero más tranquilas calles que llevan a Mulholland, todo el tiempo al límite de los nervios. El hombre ronca a su lado y se frota irritado la entrepierna. Cuando llegan por fin a la puerta de la casa ella le pellizca fuerte la mejilla, despertándolo de repente, para que pueda darle el código de entrada.

La puerta del jardín se abre y deja al descubierto un monstruo moderno con paredes hechas enteramente de cristal, una gigantesca jaula de pájaros transparente que cuelga por encima de la ciudad.

Le cuesta un poco conseguir que el hombre se levante de su asiento, y tiene que sostenerlo mientras caminan hacia la puerta. Ve la cámara de seguridad y se aparta de su alcance, y después anota los números que él marca en la entrada sin llave. Al abrirse, a la pareja la recibe el aullido de una alarma de robo. El hombre manipula el teclado de esta y la mujer también lo estudia.

Dentro, la casa está fría como un museo e igual de acogedora. Es obvio que al interiorista le dieron la orden de «más es más» y vertió el contenido de un catálogo de Sotheby's en las salas. Todo es cuero y oro y cristal, con muebles del tamaño de coches pequeños situados bajo candelabros de cristal y cuadros que se acumulan en todas las paredes. Los tacones de la mujer resuenan en suelos de mármol pulidos hasta refulgir como espejos. A través de las ventanas, las luces de Los Ángeles brillan, pulsantes; las vidas de la gente común a la vista, abajo, mientras él flota en el cielo, a salvo de todo.

El hombre está volviendo a perder la consciencia mientras ella lo conduce casi a rastras a través de la gran casa, en busca de su dormitorio. Lo encuentra subiendo unas escaleras, un mausoleo blanco glacial con pieles de cebra en el suelo y chinchilla en las almohadas que da a una pis-

cina iluminada que brilla como una especie de faro extraterrestre en mitad de la noche. Lo conduce hasta la cama y lo deja caer sobre las arrugadas sábanas justo antes de que él se dé la vuelta y vomite. Ella da un saltito atrás para que la porquería no le manche las sandalias y lo contempla con frialdad.

Una vez el hombre vuelve a perder el sentido, ella entra en el lavabo y se frota la lengua frenéticamente con dentífrico. No consigue quitarse su sabor de la boca. Siente un escalofrío, se contempla en el espejo, respira hondo.

De vuelta en el dormitorio, pasa de puntillas evitando el charco de vómito en el suelo y da al hombre un toquecito con un dedo. No responde. Se ha orinado en la cama.

Es entonces cuando ella comienza su verdadero trabajo. Primero entra en el vestidor, con su exhibición de suelo a techo de vaqueros japoneses y zapatillas de deporte en edición limitada, un arcoíris de camisas de seda de colores de helado y finos trajes aún en sus bolsas. La mujer se centra en una mesa expositora cubierta con cristal en el centro de la sala, donde reluce una serie de relojes con diamantes incrustados. Coge el móvil de su bolso y les saca una foto.

Sale del vestidor y vuelve al salón mientras hace un cuidadoso inventario mental: muebles, cuadros, piezas artísticas. Hay una mesilla con un puñado de fotos en marcos de plata; coge una para examinarla, curiosa. En ella sale él pasándole un brazo por el hombro a alguien mucho mayor con labios rosados de bebé retorcidos en una sonrisa babosa, las capas de piel de su papada recogidas a la defensiva bajo la barbilla. Parece alguna especie de potentado industrial, muy seguro de sí mismo. Y eso es exactamente: se trata de Mikael Petrov, oligarca ruso de la potasa y cómplice ocasional del actual dictador. El hombre alcoholizado de la habitación es su hijo Alexi, Alex para sus amigos, los otros jóvenes ricachos rusos con los que se va de marcha por todo el planeta. La mansión llena de arte y